

El impacto educativo de la educación

— José M. Bautista Vallejo. Universidad de Sevilla —



A todos nos asusta pensar que la medicina vaya más lenta que la evolución de las enfermedades, que la medicina que cura se estanque debido a una involución de sus estructuras, una falta de fondos o una situación lastimosa y lamentable de los profesionales que de ella se ocupa.

Todos sabemos la importancia de esta medicina que va a remediar nuestros pesares físicos y psicológicos y por ello ponemos los medios que, traducidos, otros van a utilizar en beneficios de estas causas. La mayoría piensa que no hay mayor empresa, pues, cuando no hay salud no hay vida y si no hay vida estamos precipitados a sucumbir de la manera más amarga y en soledad.

¿Qué falta entonces en el mundo de la educación para que esta reflexión alcance un grado tan satisfactorio?

Hemos cambiado de tópico, medicina por educación y, si bien están en el mismo nivel de importancia todavía sería posible afirmar que la educación se presenta como un fenómeno más amplio que llegaría a englobar a la medicina y a otras ciencias y disciplinas en un conjunto propio, como herramientas meditadas del hombre para su natural bienestar. Pero, no hay que perder el tiempo afirmando cuál está por encima de la otra. Nunca hay siquiera que tener la pretensión de sembrar una especie de lid entre las muestras de progreso, aquí educación y medicina, pero sí encargar de una manera más clara la realidad.

De interés público ambas, de conocido carácter general y social las dos, todo el mundo de una manera más o menos generalizada sabe qué representan una y otra, al menos dentro de las impresiones teóricas, aunque, a veces, es ciertamente el resultado de una confusión

producto de la manipulación o del desconocimiento.

Sentados estos principios, no parece que la opinión pública asuma de la misma manera a la medicina que a la educación, si nos adentramos algo más en sus justificaciones. Ciertamente es que quien ha sentido la enfermedad o quien ha tenido a alguien que la padeció, cuando todo se ha resuelto de una manera positiva, esto es, la salud ha vuelto al cuerpo con la ayuda de la medicina, este alguien ha agradecido abiertamente todo lo que la misma realizó, ha llegado, incluso, a sentir admiración por el profesional que con su saber puso fin a un mal individual con repercusiones públicas.

Llegados al caso contrario, es decir, cuando ha resultado ser un triste desenlace, enfermado, agravándose la situación, muriendo, hemos retirado la responsabilidad del profesional de la salud, incidiendo en la culpa o causa de tal o cual enfermedad, agradeciendo a ese profesional su trabajo y paciencia, la evidencia de sus medios, lo positivo de su acción. Poco tiene de responsabilidad la medicina con este tipo de reflexión tanto en su vertiente positiva como en la negativa.

Así, el mundo de la educación se ha llenado de aplausos por su teoría y su práctica y, aunque es reconocida su valía, valor y mediación única para el progreso del hombre y la sociedad, muchos de sus profesionales están viviendo rodeados de un desencanto, un encorsetamiento de vitalidad, un desánimo que está llegando a sembrar en la práctica, advirtiéndose un peligro ya definido por muchos y poco reflexionado por la mayoría con el rigor y la seriedad que se merece.

Guillermo Fatas (1994) tiene claro que hay un buen remedio en la Pedagogía, o

más bien una ayuda que pondrá a trabajar sus elementos para la mejora en las instancias educativas, que no dejan de ser accesibles a los educadores de diversa índole, ya que afirmando que los alquimistas pedagogos han averiguado el medio seguro y eficaz de instruir, educar y regenerar a los pueblos y las sociedades —afirma Fatas—, les evita complicaciones cuando exime a estos mismos pedagogos de todo resultado negativo encontrado o producido por la sociedad misma, cuando dice que los niños tienen tantos defectos que imposibilitan esta regeneración.

Todos hemos sido testigos del lugar que ha llegado a ocupar la educación y por haber llegado tan lejos ahora vemos cómo empieza a retroceder, nos dice Alain Minc (1989); claro que si esto es así debiera empezar a advertirse el peligro que se cierne sobre la sociedad. Está claro que el progreso tiene su riesgo y éste aumenta debido a la creciente degradación ecológica y cultural por la que nos vemos afectados. Beck (citado por Cencerrado, 1994: 9-10) «llega a afirmar que estamos en una situación de creciente deterioro, calificada por él como «sociedad del riesgo», ya que los costes del progreso económico superan las previsiones hechas y comienzan a destruir la calidad de vida alcanzada por amplios sectores de la población».

También hay otra reflexión posible: la educación sigue evolucionando, por lo que frente a nuevas necesidades nueva educación, o vieja, —percibamos de una vez el carácter cíclico de las cosas, siendo relativos en los juicios cuando estos claman las esencias medias y equilibradas de las cosas— puesto que nunca alcanzamos un ideal que piensa, fabrica o pretende, en parte por el propio carácter no

definitivo o acabado del hombre. Si esto es así, de poco valen las preocupaciones excesivas y desorbitadas, justo será trabajar con los medios y remedios que se ponen hasta donde las posibilidades del momento histórico dibujan su límite.

Por ello compartiendo que la acción mediada del hombre comunitario va a proyectarse como esencial en el transcurso argumental que es la propia vida personal (Marias, 1992: 282), pues aunque no haya tiempo para una maduración personal y, por ello, se improvise, la creatividad del hombre tendrá que rescatar su propia esencia, su propia realidad olvidada con análisis imaginativos de las posibilidades humanas (Marias, 1992: 275).

En la educación, sentido profundo del ser, el hombre es antropogénesis, zoon educando; la persona, así, es educación (Fullat, 1992). Sin esta reflexión y, claro, sin la acción que deviene, el hombre, la persona humana, no es posible, y si no hay hombre tal vez tengan razón los que justifican las barbaries.

La educación ha de profundizar en la realidad más profunda del progreso humano. No hay que olvidar los peligros de la vacuidad resultado de una carencia de educación. No hemos de bañar a la educación de sospechas inadecuadas y de juicios inveterados que ponen en peligro el desarrollo alcanzado gracias a ella, tenemos que reconocer el impacto formativo y positivo de la misma. La vida humana no está «dada», va aconteciendo y se la va descubriendo, llega cuando somos capaces de dedicar gran parte de nuestra riqueza a una causa noble, a la educación: motivo y motor del desarrollo, progreso y vitalidad humana.